

A la Memoria de D. Juan A. Pérez

MI PADRINO JUAN

Por Manuel LOPEZ PEREZ



La mente popular da a la palabra PADRINO una significación tan humana como simpática: un hombre que en la vida se obliga a actuar A LA MANERA DE UN PADRE. Y un padre se comporta, debe comportarse, con respeto a los problemas vitales del hijo, en forma tutelar, sin límite, hasta llegar a lo heroico, si las circunstancias lo requieren.

Pues bien, don Juan Abarea Pérez apadrinó mis esponsales cívicos, y fue mi padrino con toda la plenitud de su hombría, porque —no se olvide— en la definición de padrino, el predicado del sujeto lógico se contiene en la palabra en el concepto HOMBRE, mismo que considero necesario analizar.

La lengua, tan sabia, tan hermosa y tan precisa, nos ofrece importantes ilustraciones al ser racional (rationis participis, como diría Aristóteles). al hombre, cuando el término contiene el concepto genérico, lo designó con el vocable HOMO (inis); vir (is) es la voz que se usa para nominar al ser masculino que ha llegado a la edad VIRIL o sea a HOMBRE HECHO. Ni HOMO, ni PUER ni ADOLESCENS llamaban los latinos al hombre hecho, sino precisamente VIR que se aceptaba también como fuerza, eficacia, potencia. Si a lo que llevo dicho se agrega que JUVEN más que joven significa soldado y que viejo se expresa con VETUS y anciano con SENEX, ello confirma que el concepto más perfecto del hombre pleno se veía en la palabra VIR. A mayor abundamiento, y ya que he aludido a la perfección, la lengua latina dio la misma raíz a VIR que a VIRTUS: a varón y a virtud. La palabra virtud, en su acepción más radical, más dinámica, habla de la capacidad de una causa para producir efectos, o sea actividad.

Me he permitido la evidentemente molesta serie de cláusulas anteriores, porque en ellas se justifica el elogio que se encuentra en la afirmación de que mi padrino fue un varón (vir) virtuoso. Lo que parece redundante y quizá desde el punto de vista semántico lo sea: una fuerza cargada de fuerza, una potencia en lucha constante y vigorosa (tal es la na-

turalaleza apetitiva) por llegar al acto. Pero ¿qué es lo que se opone, y me reduce a esta cuestión por economía de espacio, al acto virtuoso? Pues, se opone lo que de negativo hay en la vida, lo que de negativo hay en nosotros y en nuestros semejantes. Contra estas fuerzas de negación ha de combatir siempre el varón, el hombre hecho, el ser virtuoso y con ello afirmo que el hombre de virtud es un ser de naturaleza agonal. Por eso, el hombre de virtudes no lo es gratuitamente, lo es cuando logra triunfar sobre sus insuficiencias o sus deficiencias viéndose en su vida en las alturas del triunfo o en las simas del fracaso, o lo que es lo mismo, a veces bueno, a veces malo; pero siempre con virilidad: luchando siempre. En esta etapa de mi exposición, es que confirmo resueltamente que don Juan Abarea Pérez fue un gran batallador.

—De "cáscara amarga", —solían decir quienes lo conocían—, pero hombre bueno al fin.

En efecto, así era. Así fue. Cuanto más amargo se le haya considerado en sus módulos ordinarios de vida, debe abonárselo proporcionalmente la grandeza de sus triunfos sobre sí mismo. Sus actos más generosos se daban como flores de su jardín interno, como botines en sus esforzadas operaciones para clarificar su conciencia y dirigir su voluntad, en los momentos de crisis de sus prójimos, y deben valorizarse como episodios de su propia redención, debida a sí mismo y por lo tanto meritoria en altísimo grado. Vivió, pues, para salvarse y por eso fue su tarea salvar siempre del obstáculo penoso al que tuvo la oportunidad de recurrir a él, o de que él, aun sin demanda, pudiera ser útil. En una palabra, vencía la resistencia para ser bueno, y en tanto que era resistencia —sus defectos— fueran mayores, su júbilo triunfal habría de ser y fue mayor.

Repito: nadie es virtuoso gratuitamente. Nada merecería una virtud así. Por eso, el mejor elogio para un hombre que se fue sin irse, porque queda en nosotros lo que de beneficios nos dio —eso en el aspecto material— y en la memoria su recuerdo, de la misma manera que en el pensamiento y en el corazón los actos justipreciadores de lo que fue y que se condensan en la palabra, mas bien en las palabras GRATITUD y RECONOCIMIENTO, el mejor elogio —repito—, no consiste en proclamar lo que hizo de bueno, sino los grados de la escala en que pudo registrarse el trabajo redentor por el cual llegó a las alturas nobilísimas de la virtud. Sólo así se le presenta entero a los ojos de la posteridad y como un documento humano, como una elevada ejemplaridad

PASA A LA PAG. 3